

Arte y folklore

Raúl de Ramón

1. *Consideraciones Generales*

— *Conócete a ti mismo*

“No hay futuro para los países sin pasado”. Esta es una sentencia sacramental para aquellos que estudian y analizan las distintas partes que componen la fisonomía propia de un país y pretenden fijar la línea razonable de sus comportamientos. No porque pretendan para él una plataforma de glorias guerreras o de absurda prosapia racial que lo haga acreedor a una figuración destacada en el concierto de las naciones, sino porque tanto vale para una nación como para el individuo humano la sentencia socrática de “conócete a ti mismo”.

Antes que nada es un problema de felicidad, meta nada despreciable para la comparativa fugacidad de la existencia del hombre en el Universo. Es difícil ser feliz si las pretensiones rebasan las posibilidades propias, si las aspiraciones son equivocadas. Se es, entonces, como la avutarda de la fábula que, concedora de la pesadez del vuelo de su descendencia, pretende empollar huevos ajenos como propios. El resultado no puede ser más triste: las crías son retiradas por los verdaderos padres y la falsaria queda sumida en el ridículo y la tristeza. Pero es que la avutarda ignora sus verdaderas virtudes, y su tamaño imponente, la macicez de sus carnes, el audaz decorado de su plumaje y la arrebatadora hermosura de su corto y recto vuelo permanecen olvidados frente a las envidiadas cualidades de otras aves. Es dura tarea conocerse a sí mismo. Más aún en un mundo en el que las comunicaciones llegan a ser excesivas y en el cual el hombre aspira, cada vez más, a vivir vidas ajenas. Es necesaria gran humildad, o una violenta reacción ante la transculturización impuesta, para que un pueblo y cada uno de sus componentes hagan un honrado balance de su acervo cultural y costumbrista y quiera calificar el resultado para usar de sus propias reservas en el futuro.

Los grandes descubrimientos nacen, más que de un destello genial, de un oportuno aprovechamiento de un hecho casual cuya importancia se devela en el momento preciso: Inventar es encontrar. El verdadero mérito de estos inventos-encuentros es que sólo pueden develarse ante ojos que estén preparados para reconocerlos, cuyos conocimientos y antecedentes sean lo suficientemente completos como para que la aparición de estos datos casuales provoque una automática reorganización de las piezas sueltas del rompecabezas y aparezca el todo limpiamente inteligible.

La historia del progreso humano depende de estos rompecabezas, su perfeccionamiento, desarrollo y uso por el mayor número de personas posible. Y la posibilidad de resolverlos en gran número, de la cantidad de conocimientos y antecedentes que la Humanidad posea en forma continuada. Desafortunadamente, los hechos no se han dado así. No es necesario ser un investigador de la Historia para llegar a la conclusión que el hombre, en el más remoto pasado, ha estado en posesión de asombrosos niveles científicos y culturales e, incluso, de un vivir mejor. Sin embargo, vemos contrastar abiertamente la falta de higiene medieval y versallesca no sólo con los baños públicos del Imperio Romano y las obligatorias abluciones del Islam, sino con las instalaciones sanitarias domésticas de los cretenses, anteriores en dos milenios a Jesucristo. También la ignorancia científica y astronómica de nuestro Colonaje americano, con el vasto conocimiento celeste de los Imperios Precolombinos.

Esta discontinuidad cultural se produce por la ignorancia del pasado. También por la infinita sed que lleva al hombre a codiciar el caudal vecino con tal gula que le impide el aprecio del propio. Sin embargo, un honrado examen de él descorrería ante sus ojos una infinita variedad de posibilidades, todas dentro de sus límites y, por lo tanto, realizables. Sin ser gran inventor, el hombre puede jugar con ellas y crear nuevas y más útiles combinaciones. Constatando la validez de las soluciones que han acomodado para sus necesidades sus antecesores, verá que muchas resistirán el examen y hasta parecerán novedosas. Es el momento de aceptarlas intactas, adecuarlas a nuevas circunstancias o rechazarlas con pleno conocimiento de su invalidez. Se comprende, entonces, a fondo, la sentencia del filósofo que antes parecía un cínico juego de palabras: "A veces vale tanto para el hombre un salto hacia el futuro que un salto hacia el pasado".

A estas alturas se ha formado un aparato digestivo-cultural propio, capaz de recibir soluciones foráneas y, con los jugos nacionales, aprovechar lo debido, rechazando lo indigesto y perjudicial a la armonía del organismo.

Es corriente que el hombre se asombre ante la adaptación del mundo animal y vegetal frente a las exigencias de la supervivencia, e intuya la fuerza de una increíble inteligencia que va dictando los atinados pasos de las especies. Veamos un ejemplo: existe una mariposa denominada el Rey. Es tan intolerable y amargo su sabor que sus naturales depredadores, las aves, tuercen el gesto de sólo verla. Otra mariposa, que ha sido por ello llamada el Virrey, ha imitado con tal perfección forma y colores de su acerba congénere que goza de iguales privilegios. Pero no ha sido la inteligencia de esta mariposa la que ha logrado, con una concentración de generaciones, cambiar su físico, así como tampoco la benéfica mano de un dios silvestre. Las aves no devoran al Rey. Si alguna otra mariposa presenta alguna característica resaltante de semejanza, las aves juiciosamente dudan: el amargo puede más que el hombre. Se salvan, sin saberlo, numerosas mariposas de aspecto equívoco. Pero hay aves que se hacen volterianas y desconfiadas y el colador se hace más fino. Finalmente, sobreviven los insectos más engañosos: nace el Virrey.

Así como la naturaleza va adecuando a sus especies con la eliminación de los menos aptos y conservando las mutaciones favorables, el hombre lo hace con sus costumbres, lenguaje, vestimenta, relaciones familiares y de grupo, habitación, en fin, con todo cuanto le concierne. Su arma de eliminación es el olvido, y su memoria colectiva la base del folklore y, en general, de su fisonomía típica de grupo y de nación. Esa memoria es notablemente pragmática y poco romántica, aunque sus recuerdos lo sean cuando responden a necesidades sentimentales. Y el folklore vivo es *la respuesta colectiva a las necesidades comunes al grupo*.

En nuestro cercano pasado el fenómeno folklórico ha sido mirado con diferentes criterios y se ha considerado sucesivamente como de principal importancia la respuesta misma (Escuela Fenomenalista), el grupo o individuo productor (Escuela Sociologista), o el papel que desempeña el hecho como antecedente para la Historia (Escuela Historicista). En la actualidad es universalmente aceptado que es la acción que liga a objeto, sujeto y circunstancia lo que prima. Esta escuela, llamada Funcionalista, ve al Folklore como ciencia aparte y no como complemento de otras, y considera esa acción como una función dinámica, sujeta a la evolución del medio. Si cambian las circunstancias o el nivel cultural que condiciona al grupo, el resultado tendrá forzosamente que variar. Lo que no cambia es la necesidad del hombre de satisfacer sus necesidades materiales y espirituales por medio de soluciones que nacen en el seno mismo de su comunidad, en forma plural, anónima y espontánea.

— Antiselección

Frente a esta actitud está la acción comercial que pretende obligarnos, con el anatema del progreso nacional y bajo el cebo de la economía, a adoptar, como sociedad de consumo, productos estandarizados que nacen no del acuerdo espontáneo de la comunidad sino de un afán organizado de lucro, que lanza al hombre contemporáneo a un desesperante círculo vicioso que lo obliga a trabajar para obtener comodidades y medios mecánicos que aumenten sus horas de descanso, pero que debe pagar con horas de esfuerzo extra. Los vanguardistas de este “progreso” ven en el Folklore un símbolo de atraso y de “vuelta atrás”. No se detienen, ni les conviene hacerlo, a considerar la ya citada equivalencia entre el salto al pasado y al futuro. Tampoco, que los defensores del Folklore no pretenden conservar las prácticas del mismo como actitudes inamovibles y momificadas, sino como expresión dinámica del inalienable anhelo humano de decidir libremente su camino en base a elementos propios.

— Identidad

Todos los pueblos que merecen llamarse tales poseen una cultura propia que les da real derecho para constituir entidades aparte. Ella no se adquiere a través de la ciencia sino del empirismo y la experiencia, acomodando las soluciones propias y, por medio de una lenta digestión, las ajenas, hasta transformarlas en un bien común. Esa es la *sabiduría del pueblo o folklore*, y a ella se debe recurrir cuando se hace dificultoso el autorreconocimiento.

Parecería obvio que, si el devenir folklórico es natural e indetenible, no sería necesaria intervención alguna, tanto estatal como de los especialistas en su ciencia, para garantizarle un adecuado florecimiento y desarrollo. Sin embargo, es increíble el aturdimiento que puede producir en un pueblo —más aún si es un conglomerado descontento o un desasentado condumio de razas dispares— la dura maraña de los intereses comerciales y el cotidiano altavoz de lo foráneo. En esas circunstancias, aún con los riesgos que entraña intervenir en lo que debe ser una evolución natural, se justifica una acción develadora y divulgativa, en primera instancia, y una facilitación de cauces y libre competencia, en segunda.

Debemos reconocer que, en los últimos años, se ha hecho sentir notoriamente una urgencia de vitalizar lo nacional, tanto por parte del ciudadano común como por la de artistas e intelectuales. Desafortunadamente, junto a los estudiosos y a los poseedores de vivencias valiosas, que son los menos, surge una pléyade precipitada —muy chilena y folklórica, por lo tanto— que, a la manera de Pancho Villa, dispara primero y averigua después. A pesar de sus errores naturales y de algunos daños, irreparables ya, esa precipitación resulta comprensible en función de la actual velocidad de la evolución mundial y del

desafortunado y tantas veces involuntario hermetismo de muchos de nuestros eruditos, cuya labor generalmente no alcanza a la mayoría.

Vivimos actualmente una etapa primitiva de descubrimiento y trazado del atlas geográfico de nuestra propia fisonomía. Tenemos algunas costas y no pocos levantamientos detallados, pero aún falta unirlos en un diseño general que permita el relleno de todas las lagunas, y cuya lectura resulte fácil y amena para todos. Y parece innecesario señalar lo indispensable que resulta para todo el que labora al servicio de su país, cualquiera sea su campo, poseer la cartografía detallada del pensamiento íntimo de la mayoría.

2. *Nuestros Orígenes*

— Una Larga Faltriquera

El sol de España, audaz, sobrio y viril, no se ponía sobre el quebrado Continente Americano. Los hidalgos aventureros e individualistas lo cruzaron en todas direcciones buscando solar para su descendencia y campos fértiles que aseguraran una estirpe duradera. Allí dominaron sin contrapeso, y las razas aborígenes sometidas se les fueron sumando hasta formar un espeso manto agrario y paternalista. En los valles y llanuras se extendieron los imperios ganaderos rebeldes al cercado, poblados de jinetes seminómadas continuadores del pensamiento y tradiciones de los viejos guerreros peninsulares.

En los confines del continente, como una larga y estrecha faltriquera con su boca orientada hacia el Norte, hasta que prácticamente la Independencia la volvió hacia El Plata y, posteriormente, la República hacia la ruta comercial del Estrecho, estaba situado Chile, "donde la tierra termina". Y los disímiles materiales que iban trayendo las sucesivas oleadas culturales fueron entrando en un territorio insular, y quedando para recién salir elaboradas cuando la inquietud vigorosa de la raza la lanzó, a velas desplegadas, sobre el Océano Pacífico.

— Nuestras Raíces

Nuestros conquistadores fueron segundones de provincia, atrasados con respecto al Renacimiento cortesano y más cercanos a la sobriedad de la Edad Media, fieros conservadores de las tradiciones y estructuras familiares y del individualismo de los antiguos Cabildos que más tarde fueron la cuna de nuestra Independencia. Pero la adaptabilidad española no podía permanecer incontaminada frente a las necesidades de un país distinto y, lentamente, evolucionaron los ropajes del cuerpo y del espíritu, y los lenguajes fueron perdiendo las palabras rebeldes a la lengua criolla para irse sazonzando con los

fuertes aliños nativos hasta formar el rico y espeso condumio del mestizaje. Y las nuevas olas que llegaron, sucesivamente, aunque asombradas en un comienzo de nuestra mezcla de añejez y originalidad, junto con plantar nuevas semillas, botaron la capa y la gola almidonada para vestir el fácil poncho lugareño.

Así se formó una cultura, con troncos en diferentes épocas y regiones de España sobre rica tierra vegetal nativa, continuadora de los valores de la raza, pero original y distinta, preservadora incluso de muchos cauces importantes que la Madre Patria tuvo que ir perdiendo frente a Europa. Los caldos resultantes se fueron cociendo en olla lenta, con su propio jugo, hasta que la violenta fuerza de las actuales comunicaciones ha levantado la tapa para aguar la sopa criolla. Y comienza en la ciudad un proceso de transculturización favorecido por inmigraciones extranjeras y un complejo de mestizaje que se quiere sepultar bajo un cosmopolitismo lamentable.

— *El Buey Solo Bien se Lame*

Por eso es tan valiosa una rebúsqueda de lo propio en defensa de la personalidad nacional. Hay rebeldía y descontento natural en aquellos que quieren ignorar con la cabeza lo que siente el cuerpo, negar con el consciente lo que manda el inconsciente penumbroso y centenario de una raza. El buey solo bien se lame, y no es bueno sujetarlo con coyunda ajena al yugo de un imperio mundial y comercial, beneficioso para bolsillos que no son los nuestros, salvo los de sus pocos incultos e inevitables lacayuelos.

No hay futuro para países sin pasado. Y sólo es feliz aquel que vive lo propio, según sus propias posibilidades, con la oxigenada libertad del que se manda solo:

“Soy pájaro de los llanos
cuando la gana me dá.
Cuando no me da la gana,
no soy pájaro ni ná”.

(Copla llanera venezolana)

— *Almácigo Variado*

Como en la parábola de los Evangelios, la semilla española cayó sobre los más variados mantos culturales y raciales de un continente que, además de haber permanecido aislado por decenas de millones de años del resto del mundo, presenta la topografía quebrada y variada de un monstruoso y arbitrario rompecabezas. En él, las razas indígenas vivían, salvo en los grandes im-

perios, desde la niebla de los tiempos, fraccionadas en sus pequeños valles o separadas por selvas y obstáculos infranqueables para ellas. Presentaban un espectro cultural que iba desde la organización social agrícola hasta el nivel de recolectores, cazadores y pescadores primitivos. Sumada a esta complicación básica se presentó más tarde, durante la Colonia, un manto de negros robados en las más disímiles regiones del Africa. Si a esto se añade la semilla española criada en un país hasta hoy quebrado por el regionalismo, a pesar de su perenne aislamiento de Europa y su siete veces secular resistencia frente al Islamismo, tenemos el cuadro completo de la maraña que se intitula, para nuestra esperanza y comodidad del resto del mundo, América latina.

Sobre este mare magnum, el aislamiento, el comercio y los intereses caciquistas trazaron los límites de las divisiones políticas de los países, vagamente ilustrados por las demarcaciones españolas, con el advenimiento de la Independencia, sin advertir los regionalismos ya cuajados por raza y cultura.

De esta manera, quedaron áreas muy definidas subdivididas entre dos o más países: la Maya, entre México, Guatemala y El Salvador, principalmente; la Llanera, entre Colombia y Venezuela; la Quechua, entre Ecuador, Perú, Bolivia y norte de Argentina y Chile; y la Gaucha, entre Brasil, Uruguay y Argentina. Muchos de los países quedaron, sin hablar del multiforme México, formados por regiones que no sólo no se entienden entre sí, sino que suelen ser abiertamente antagónicas.

Para determinar las grandes áreas culturales de América, a través de sus manifestaciones folklóricas comunes, es necesario reconocer el ámbito geográfico como factor rector. Es fácil comprender que la raza blanca se distribuyó principalmente en los parajes templados de las grandes llanuras y mesetas, donde encontró un habitat algo más recordatorio del propio y donde pudo transplantar su agricultura; que los negros ocuparon los climas húmedos y caliginosos donde su presencia se había hecho imprescindible; y los indígenas aquella zonas que, por su inviolable aislamiento o su altura inaccesible, mantenían al invasor blanco a distancia prudente. Las zonas intermedias vieron mezclarse a las tres razas.

Las agrupaciones humanas que integran las grandes regiones culturales suelen no presentarse contiguas sino, en ocasiones, muy distantes, hermanadas por la igual distancia al ecuador o el factor regulador de la temperatura y el clima que proporciona la variable altura sobre el mar. Debemos pensar en los habitantes de América como pastores de las altas cumbres, jinetes de las llanuras y mesetas, agricultores y hacheros de los bosques húmedos o cultivadores tropicales de la caña, antes que como habitantes de un país determinado. Estamos de acuerdo en que estos grupos no forman integraciones conscientes y que suelen estar separados por sentimientos de regionalismo y nacionalismo, o por intereses insalvables, pero creemos que están unidos por una

humilde y anónima tradición y que sus reacciones anímicas y sus formas de expresión colectivas similares obligan a mirarlos en conjunto.

Aquellos que viajan por nuestro territorio chileno con los ojos del alma bien abiertos, pronto advierten que, pese a la unión que nos dá el parejo grado de mestizaje y los fuertes sentimientos nacionalistas, son muchos los ríos de sentimientos, de escalas de valores y de subterráneo transcurrir que nos separan. Es imprescindible, entonces, conocer el resto de los brotes de tan dispar almácigo, como resulta nuestro continente, para lograr confirmaciones por comparación. Establecer, también, la similitud de las corrientes para obtener pronósticos aproximados de nuestros comportamientos ante parecidas solicitudes, y una respuesta menos culterana acerca de nuestro destino.

Amén de las variaciones indicadas, debemos considerar los devaneos intelectuales de nuestras clases cultas y urbanas, cuyo antiespañolismo nacido sentimentalmente con la Independencia, las ha hecho serviles de modelos tanto variados como inadecuados para nuestro verdadero ser. Frente a ellas, las clases campesinas continúan floreciendo un pensamiento y una escala de valores que entronca directamente en la Edad Media, escépticas ante los relumbros de la civilización y dispuestas a mirar la urbe como la sanguijuela que se alimenta de su vitalidad. Separadas por este tajo abierto, la gente citadina considera con ignorante simplismo al campesino, y éste, siempre desconfiado, aunque no siempre equivocado, mira como menos chileno al ente urbano.

3. *Amplitud del Folklore*

— ¿Somos Folklóricos?

Aún ese ente urbano, considerado como poco chileno por el campesino, resulta típico. Su acento, tez y estatura, modo de caminar e, incluso, su selección de las vestimentas consideradas como universales en el Occidente, lo señalan como tal y le hacen reconocerse, mutuamente, por las calles en el extranjero. Si los “ingleses de Sudamérica” se vieran objetivamente, o con los ojos de un europeo —no digamos de un francés porque sería doloroso para tantos— quedarían estupefactos al verse clasificados como originales e, inclusive, algo pintorescos. Si somos sinceros, veremos que no es honor alguno el valer por semejanza y que, aunque mostremos claros los rasgos de nuestra familia, resulta relevante y tranquilizador tener un rostro propio.

Tan deprimente como este pretendido anglicismo resulta nuestro aviso, afortunadamente cada vez menos entusiasta, que nos pregona como el país de las lindas mujeres, los mejores vinos y los incomparables paisajes. Es duro el sino del viajero que le ha prestado completo crédito. Todos los países tienen mujeres bonitas, lo que resulta alentador para los hombres y facilita que el

sexo masculino se haga sedentario. No hay duda que nuestros vinos son excelentes, aunque no tanto como han sido en el pasado e indudablemente mejores de lo que serán en el porvenir. Pero el resorte de su bondad no es obra nacional sino particular y depende de la suerte de los ríos. En cuanto a los paisajes, sólo nos referiremos a ellos en relación con nuestros turistas más posibles, que son los norteamericanos: sin quitarle una coma a nuestras bellezas naturales, hay que reconocer que los paisajes estadounidenses quitan el aliento, que se accede a ellos por supercarreteras, que están inteligentemente promovidos, sembrados de hoteles y moteles estupendos y que último pero no menos importante, los tienen a la vuelta de la esquina y no al otro lado del mundo.

Eso no quiere decir que Chile no tenga importancia para los visitantes; pero su interés está en su verdadero caudal propio, aunque esta riqueza permanezca desconocida para un buen sector de nuestra población metropolitana, más ligada a lo foráneo que a lo suyo, y empañada por tantos que confunden folklore con feísmo o mensaje ideológico.

Un paralelo con el resto de América latina, que no sea arquitectónico, aunque tan temido resulta ventajoso, sobre todo si se considera nuestra escasez de elementos indígenas, más coloristas, y nuestra excesiva preocupación por la actualidad mundial que resulta enajenante. Contamos con un número asombroso de cultores naturales del folklore, de los que nos preocupamos poco o nada, para ruina del turismo y agostamiento de las tradiciones. Nuestra música anónima es exorbitante, nuestras danzas típicas cercanas al centenar y medio y nuestra poesía popular, entroncada en la trovadoresca medieval, es posiblemente la mayor y más vigente de la latinidad. Nuestros trajes típicos, incluyendo los lujosos arreos de las cofradías nortinas, están en uso, y el huaso, nuestro representante internacional, vive y alienta poderosamente en nuestros campos centrales, a diferencia de algunos de sus colegas continentales, más vivos en el cine y los escenarios artísticos. Nuestra misma lengua cotidiana se ha desarrollado pintoresca y libre, no por mestizaje con las lenguas indígenas —aunque use sus palabras— ni por inmigraciones desaliñadoras de su estirpe española, sino por su juvenil desenfado y vitalidad algo plebeya.

Sin embargo, el chileno, siempre apocado en lo que realmente vale, vive deslumbrado y empequeñecido ante caudales ajenos. Es lo que los mejicanos llaman graciosamente “ningunearse”: pasar de uno a ninguno, hacerse nada. No repara que a veces esos caudales son producto del esfuerzo de un puñado de creadores individualizados y de una maquinaria promocional emprendedora y rica que proyecta una imagen valiosa, pero de ninguna manera equiparable, en una misma escala de valores, con la corriente viva y anónima de un pueblo.

En abierto contraste con aquellos que han buscado distinción en una desmayada europeidad, de la cual también reniega España, resulta vivificante

el nacionalismo y amor por la “patria chica” que muestran muchos de nuestros provincianos del norte y del sur. Mientras más distantes, aislados, pobres y desesperanzados, más firmes en su bandería. Es que las nacionalidades no se cuajan en la comodidad y la blandura, sino en el esfuerzo y el dolor. Tampoco deben velarse bajo un halo falsamente colorido u optimista. En esos provincianos que mezclan belleza con pobreza y desilución con tenacidad y orgullo está nuestra verdad y esperanza.

— Abuelos de Campo.

Hay santiaguinos que “se levantan con la fresca”, constatan que no hay “norte claro y sur oscuro” antes de prescindir del paraguas, se van al trabajo “echándole por la sombrita” y con “las estacas bien afiladas” para enfrentar a un jefe “encachado” y “malas pulgas” y “afirmársele en las de quillay”. Vuelven desengañados porque “una cosa es lo que piensa el bayo y otra el que lo monta”, se “desensillan”, luego de bajarse del auto “por el lado de montar y no por el de los quesos”, le dan un beso a la “antigua” y se toman un “penca-cito” “para matar el gusano”. Luego de comer se van a “tirarse en los cueros” consolados por lo de “a la mala cama colchón de vino” y sin olvidarse de “tomarse el del estribo”.

Si se les pregunta cómo es que se expresan así, sonríen y dicen: —Es que mis abuelos son de campo.

Si bien es cierto que Santiago ha crecido despoblando los campos, muchos de esos abuelos vienen a ser tátara-tatarabuelos. Sin embargo, su hablar agreste sigue floreciendo lozano en descendientes ultra urbanos. Porque gran parte de los dichos y refranes campesinos siguen vigentes para sus descendientes y los expresan a su satisfacción. Y es indudable que el chileno normal gusta de plasmar sus pensamientos en sentencias de nacimiento colectivo, depuradas por el correr del tiempo, y que estas provienen normalmente del campo, donde pueden seguir su normal desarrollo, lejos de los fáciles pero caducos moldes de la comercialidad.

— Una Vasta Urdiembre.

A estas alturas, es conveniente determinar cuáles son las actividades y comportamientos del hombre que atañen al folklore. El uso comercial que se le ha dado al vocablo hace que sea corriente relacionarlo de inmediato con la música típica popular, con la cual normalmente tiene que ver muy poco. Si se analiza bajo su traducción directa, significa sabiduría o acervo de la gente. No concierne, por tanto, al folklore lo primitivo, antiguo, ignaro o inocente simplemente por serlo. Tampoco los recuerdos o usos de las personas singulares, salvo que formen parte de los bienes comunes de agrupaciones natura-

les de personas actuales, ya que los bienes comunes del pasado que no responden a necesidades actuales deben ser considerados como folklore histórico. Estos bienes comunes no deben ser confundidos con los que nacen al calor transitorio de grupos familiares, clubes, organizaciones e instituciones a las cuales llegan a simbolizar conscientemente.

Sin entrar en clasificaciones ni en folklorología, es fácil detectar de inmediato bienes comunes que son soluciones espontáneas y empíricas no impuestas, fijadas o reglamentadas por ninguna autoridad rectora, y que satisfacen a la comunidad desde lo más material hasta lo espiritual puro.

Entre las primeras, sin pretender ser exhaustivos, tenemos la preparación y consumo de comidas y bebidas regionales, la fabricación y uso de las indumentarias, los oficios artesanales, la organización de espacios y elementos de la arquitectura, según la experiencia ajena a estudios especializados y los medios no oficiales de transporte ideados en cada zona.

Entre las segundas, podemos destacar aquellas que amenizan por medio de prácticas recreativas como danzas, canciones y cuentos; por medio de juegos físicos y mentales y prácticas deportivas; y las que sirven de mero pasatiempo. También las que pretenden interpretar lo espiritual buscando comunicaciones con la divinidad, los santos y los muertos por medio de oraciones, conjuros y ensalmos nacidos de un lenguaje propio y ajeno a enseñanzas religiosas; las que revelan un conocimiento empírico del hombre, la naturaleza y sus relaciones por medio de dichos, sentencias y refranes; y las puramente imaginativas, plasmadas en mitos, leyendas y supersticiones. Los elementos típicos del lenguaje oral, escrito y mímico —estos últimos de una rotundidad satisfactoria— que faciliten las comunicaciones, y los que constituyen una espontánea ordenación y vinculación sociológicas.

Aún esta somera e incompleta enumeración de manifestaciones folklóricas revela la amplitud del cuadro de las actividades humanas que se encuentran ligadas al pensamiento anónimo colectivo. Viene éste, entonces, a formar una vasta y firme urdiembre sobre la que hemos ido, inadvertidamente, tejiendo nuestras vidas individuales, familiares y de grupo.

No nos reconocemos, generalmente, como practicantes de folklore, pero comemos cazuela —sin quitarle ni añadirle nada—, aplicamos sentencias y refranes, elegimos compadres efectivos y de “boquilla”, añoramos los patios interiores, los muros blancos y las tejas con musgo, nos sentimos secretamente elegantes cuando vestimos de oscuro, gozamos siendo hospitalarios —dichosamente ignorantes de cuan pocas ciudades verdaderamente lo son—, creemos en los secretos de naturaleza, nos encomendamos a una lista interminable de santos y ánimas especializados —ardorosamente recomendados por algún ateo—, y, por último, nos desahogamos con las mismas morisquetas y garabatos.

Estamos usando moldes y fórmulas que no nos han sido impuestos, que no se aprenden en libros y que resultarían exorbitantes de enumerar. Nacidos

de la pluralidad, están en la base de nuestro vivir cotidiano y van bastante más lejos que ser alegremente pintorescos. Están en las aquiescencias y repugnancias nacionales, en sus vicios y virtudes y condicionan los mínimun-común-múltiplos que nos definen como chilenos.

4. *Arte y Folklore*

— ¿Es Arte el Folklore?

Sabemos que las definiciones de los diccionarios no contentan a nadie —salvo a sus autores—, y menos cuando pretenden fijar conceptos abstractos y espirituales. Analicemos las dos que trae el de la Lengua Castellana para el Arte. “Virtud, disposición e industria para hacer alguna cosa”. ¡Ejemplo de generalidades! Como que *Artis* equivale al griego *Tecnos*, que significa *Manera*. “Acto o facultad mediante las cuales, valiéndose de la materia, de la imagen o el sonido, imita o expresa el hombre lo material o lo inmaterial, y crea copiando o fantaseando”. Creemos francamente que los términos imitar y copiar están fuera de lugar hablando de arte. Si los autores del concepto quisieron sintetizar la idea que es acción artística el volcar el sentir del hombre a través de elementos conocidos —para diferenciar de cuando lo hace a través de nuevas creaciones, lo que equivaldría a “fantasear”—, reorganizándolos y expresándolos en forma propia, lo hicieron mal. Más clara y breve es la definición del Padre Raimundo Kupareo: “Encarnación de un sentimiento, no puramente vivido sino intuido, en un símbolo concreto”. En esto de encarnar, como en crear y expresar, está la cosa.

Pero ninguno de estos conceptos señala que esta acción sea individual o colectiva. Tampoco se define como consciente o inconsciente y, en modo alguno, que sea realizada en una fracción de tiempo o a través de las edades, como tampoco que constituya una creación definitiva e inmutable o una forma evolutiva, ni que pueda ser usable para fines utilitarios o altruistas.

Las clasificaciones, que siempre terminan por resultar excluyentes, hablan de Artes Mayores, Artes Menores y Artes Aplicadas. Esto nos parece poco funcional y destinado a discriminar según una escala de valores muy discutible, dejando de lado el análisis de la acción generadora. El que las artes resulten mayores o menores, debe juzgarse por los resultados. En todo caso, las manifestaciones folklóricas artísticas no encuentran lugar en esta escala, ya que no resultan mayores ni menores. Tampoco las excluyen las definiciones antes realizadas, y no nos parece justo considerar, por ejemplo, que el diseño de un tapiz folklórico, logrado por selección de siglos, resulte menor en importancia al trazado bidimensional de un pintor como Mondrián.

Creemos que el folklore, en sus manifestaciones correspondientes, viene a resultar un arte aparte. Y que para poderlo agrupar con otras acciones artísticas del hombre habría que comenzar por distinguir arte individual de colectivo, consciente de inconsciente, definitivo de evolutivo, en fin, renunciar a creer que la obra consciente de un genio sea superior a la inconsciente de un pueblo, y que pueda realmente la primera desligarse de la segunda.

— Folkloricos, Folkloristas, Folklorólogos, Proyeccionistas y “Artistas”.

Utilizaremos estas denominaciones en el interés de establecer gradaciones en las relaciones de todos estos artistas, aunque los últimos sean vulgarmente reconocidos como propiamente tales con respecto al folklore.

Debemos reconocer como netamente folklórico al practicante de cualquier manifestación que sea bien común de una agrupación humana. Normalmente, este practicante no se permite mayores reflexiones acerca de su actividad, salvo que ésta sea una artesanía o manifestación musical que lo destaque funcional o remunerativamente del resto de la comarca. No siente fraternidad por los afines de su oficio, no se reconoce mayormente artista y, comúnmente, su orgullo consiste en ser el mejor o el único sobreviviente de una tradición que fatalmente se extingue, y el ser eslabón contemporáneo de una antigua cadena de practicantes. Cualquiera sea su importancia con respecto al arte, la investigación o la conformación del rostro nacional, su valencia directa es su vivencia frente a su comunidad y, en especial, frente a los usuarios que la hacen posible.

Folklorista son aquellos que, interesados por cualquier práctica folklórica, pretenden divulgarla lo más auténticamente posible, remuneradamente o no. Desacreditan esta actividad, que es honrosa, la relativa capacidad de muchos de quienes la llevan a cabo, los entusiasmos más que razonables, la omnipresente disculpa del nacionalismo y, finalmente lo más grave, la dificultad de conservar la frescura, fuerza y trascendencia de una práctica cuya mayor validez —ya lo hemos señalado— es frente a su comunidad, desarraigada, de la cual suele ser como una flor en herbario comparada con la misma, viva y rozagante, en su medio natural. Frente a semejantes dificultades, se ha intentado la divulgación del folklore por intermedio de sus practicantes, lo que, aparte del escollo que significa la irreconciliabilidad de dos escalas tan diversas de valores, tiene el inconveniente del desarraigo ya mencionado el cual, en el caso de canciones, danzas y poesía, una vez sometidas a la ley del escenario, necesitan directores y escenógrafos geniales que puedan borrar la diferenciación entre actor y espectador, hasta el punto que los primeros se comportan con verdadera naturalidad y convencimiento y los segundos lleguen a sentirse como verdaderos usuarios de esos bienes y como miembros de la comunidad. Parece imposible que un poeta popular, por ejemplo, pueda emplearse a fondo

en un velorio de angelito “representado”, o que sus espectadores sientan en carne propia los versos, no siendo deudos, amigos ni comarcanos del fingido difunto. Esto no significa la imposibilidad absoluta de ser folklorista en los casos mencionados. Sólo que requiere condiciones tan privilegiadas como las requeridas para cualquier “arte mayor”.

Los folklorólogos, aunque sean artistas, son científicos. Investigan, analizan, sintetizan, clasifican, interpretan, fijan y conservan los antecedentes y hechos del folklore. Son indispensables y básicos en cualquier actividad en torno al tema. Sólo que sería de incalculables consecuencias que sus estudios trascendieran a la mayoría. Y eso sólo es posible cuando aunan a su talento el de divulgadores, o se interesan por procurar que éstos den a conocer los resultados de sus estudios al resto de la comunidad.

Una de las principales causas de falla en los folkloristas es su pretendida actitud de desprecio por los folklorólogos, a quienes dicen considerar como polvorientos diseccionistas, anátomo-patólogos o cazadores de piezas de museo. Sin negar la posibilidad de la existencia de algún merecedor de estos términos, folklóricamente peyorativos, creemos que esa actitud antagónica nace del temor de los que reconocen realizar plebeyamente y, sobre todo, improvisadamente, una actividad necesitada absolutamente de estudios básicos que son el silabario de cualquier científico.

Llamamos proyeccionistas a aquellos que, con una base de estudios organizados, conocen, viven, comprenden y logran recrear el folklore, proyectando su verdadera esencia hacia los demás. Ello significa apartar la hojarasca, el feísmo, lo superfluo y circunstancial, para revelar limpiamente la función, la fuerza anímica y primigenia que le dio el ser y reconstruirla dentro de una escala de valores que la hagan fluida, inmediatamente comprensible, verdadera y, por lo tanto, auténticamente estética para aquellos a quienes concierne su divulgación. Así el proyeccionista expresa y se expresa, y no solamente recrea sino crea, ya que toda creación es una reorganización de lo creado y existente y que llega a ser arte cuando logra encarnar a aquel “sentimiento no sólo vivido sino intuido”.

Por necesaria conclusión, el artista, considerado puramente como tal, vendría a ser un creador individual que presenta una versión personal de valores ya establecidos o propios, con absoluta primacía de su personalidad sobre su creación, pudiendo ésta estar desligada o no de la veta folklórica.

— El Fanal de Cristal.

Para que la creación de un artista pueda nacer incontaminada de todo antecedente que se refiera al medio, sería necesario que su autor hubiese permanecido, desde antes de haber sido dado a luz, bajo un fanal de cristal al vacío y desligado de lo irrenunciable de su herencia:

a) El Espectro Racial. Se ha mantenido, aunque progresivamente con seguridad menor, que el hombre nace con la mente en blanco. Es afirmación gratuita y resulta infantil como argumento de la indiscutible igualdad del hombre ante sus derechos. Las naciones y grupos poseen características psíquicas hereditarias igual que las especies animales, y ellas son la razón de su existencia separada e individualizable.

Veamos un ejemplo: Si se examina al gallo en su variedad inglesa se verá que el macho, a diferencia de sus más inmediatos parientes, es un peleador nato. No por abundancia muscular, por celo, ni por defensa de su hembra y prole, sino por serle inevitable. Criado lejos de toda riña, bastará la presencia de otro macho para lanzarlo a la brega. Si aquel es de distinta raza, soportará estoicamente la paliza hasta que su resistencia denodada empavorecerá al rival dispuesto a dirimir diferencias hasta un límite sólo razonable. Frente a un igual le quedan la victoria o la muerte. Si varios machos se ven enfrentados por el azar, combatirán en eliminatorias hasta la extinción total o la supervivencia a las heridas del vencedor final.

Si consideramos esta ciega condición con respecto a grupos humanos, veremos que puede presentarse igual. La educación, la necesidad, el nacionalismo o el avasallamiento deshonoroso pueden llevar al heroísmo. Pero el instinto combativo es nato. Lo fue en el pueblo lacedemonio —espartano— el cual, pobre de solemnidad, lo convirtió en su recurso central, aunque no pudo aderezarlo convenientemente con la astucia, ausente de su espectro racial, hasta el punto de haber legado a la posteridad su nombre como sinónimo de tal.

Cada raza o grupo proyecta un espectro variadísimo y propio de condiciones, las que pueden resultar positivas o negativas según su uso o abuso. El conocimiento exhaustivo de esta preprogramación permitirá a un pueblo emplearse al máximo con resultados positivos y aspirar razonablemente a la felicidad. Su ignorancia es manejar un tablero de controles automotriz conociendo sólo el botón de arranque.

b) Niñez permeable. Pronto se suma al espectro racial la captación ávida y profunda que el niño hace de su medio, mayor en la temprana infancia y en progresiva disminución hacia la madurez y la vejez. Las primeras impresiones las recibe de su hogar, parientes y amistades circunvecinas, y las segundas en los medios educacionales. Siendo estos ambientes medianamente normales, quedará inmerso en una corriente de pensamiento que, aún sacudida por sollicitaciones externas circunstanciales, se mantiene continua y propia. Como en las agrupaciones animales, estos medios tienden a aislar e incluso rechazar a los mutantes, los que se ven enfrentados a un esfuerzo por mimetizarse o a un aislamiento conformista o en franca rebeldía. Es corriente que estos últimos, tanto en lo social como en lo intelectual, revelen su resentimiento en un despreciativo rebajar del medio correspondiente en busca de una ilusoria altura, de la cual es difícil bajar como no sea de golpe y porrazo. Son

los que hoy se denominan como “poco aterrizados”, y es verdad. Cuando son superdotados, toman parte no poco activa en sus difíciles relaciones con el medio, y más tarde expresan este trauma con un anhelo de autojustificación y superación que sin mayor análisis los arroja hacia horizontes foráneos en busca de inspiración, en muchos casos. Cuando es así, los resultados no serán mediocres, sino poco trascendentes, y en modo alguno comparables con los de superdotados enraizados en lo propio.

c) Autocultura. Los medios corrientes educativos no procuran una cultura que valga la pena y, en la actualidad, en pos de un apresurado proceso técnico, la desdeñan y avanzan hacia una nueva discontinuidad cultural que amenaza al hombre con la imagen del borrico cargado de plata. Esta cultura sólo puede conseguirse por autogestión y con el apoyo de los medios especializados. Puede adoptar dos formas: Omnívora —la que suele ser no poco vistosa— y Racional.

Una cultura racional debe considerar como imprescindible el estudio de la cultura propia y sus antecedentes. En nuestro caso, la evolución de la cultura de Occidente desde los primeros trazos prehistóricos, las corrientes greco-romana, árabe y germánica hasta su fusión y posterior desarrollo, y su comparación con sus ramas paralelas y demás troncos nacidos independientemente de otras razas y climas. Sólo es posible profundizar en lo propio, cuando esa propiedad nace del confrontamiento constante con lo que nos es fraterno y extranjero.

Nuestra personalidad cultural se compone de un número de rasgos propios, nacidos de una combinación cualitativa y cuantitativa de condiciones raciales, climáticas, históricas y hereditarias original, y de otro número de rasgos comunes con otras agrupaciones descendientes del mismo tronco común. La conservación o pérdida de los rasgos hereditarios, según las condiciones que debieron enfrentar para su supervivencia, es lo que marca el grado de fraternidad y agrupa en diferentes corrientes a nuestras culturas hispanoamericanas.

La desafortunada carencia de estos estudios comparativos genera la falsa imagen que tienen mutuamente y de sí mismos nuestros países, el asombro con que miran los bienes que les son ajenos y las similitudes entre grupos culturales a quienes separa tajantemente la geografía. Hemos reconocido el valor de la sentencia “conócete a ti mismo”, para individuos y naciones. Sólo que ello no es posible sin conocer a los demás.

Traspuestos estos límites mínimos del conocimiento serio, los antecedentes deben reunirse, ordenarse y pasar por las tres etapas —clásicas en la arquitectura—: análisis, síntesis y proyección.

El artista que vive en su propio suelo debería, como el árbol, florecer en mejores condiciones que el trasplantado, teniendo siempre a su mano los antecedentes que significarían su nutrición natural. Sin embargo, la falta de

perspectiva ocasionada por la ausencia de los estudios indicados y algo también de aquello de los árboles que no dejan ver el bosque, impide un escalonamiento de valores que permita una eliminación de lo superfluo. Así, determinadas personalidades encuentran en el destierro inevitable o voluntario el tamiz necesario y la comparación con lo ajeno que proporciona a su obra la nacionalidad y sencillez que rara vez reconocen a priori los artistas como fundamentales para alcanzar la universalidad. "Si quieres ser universal, da a conocer tu aldea".

Considerando las condiciones antes expuestas, parece imposible el que un artista logre aislarse de lo suyo bajo un fanal de cristal y lograr así la generación espontánea. Rara clase de mutante vendría a ser quien escapara a su espectro racial. Huérfano de familia y medio, quien viera transcurrir su niñez permeable lejos de cuanto le pertenece por derecho. Y culto por relumbrón, aquél que se autocultiva sin una orientación cultural racional.

— Personalidad y Transculturización.

Frente a la situación natural del hombre y sus relaciones con el medio propio, está la transculturización provocada en la actualidad por el creciente y omnipresente altavoz de lo foráneo, accionado por los medios de comunicación masiva. Sólo una formación medular —suma de educación e instrucción— controlada y dirigida para contrarrestar este efecto alienante, desde la básica niñez permeable, y sin contaminación alguna de proselitismo político, puede defendernos de caer en la ya citada situación de la avutarda. Desafortunadamente, pocos vehículos de adoctrinamiento masivo aparecen, ante los ojos del político, más tentadores que el ejercicio del folklore. Si bien es cierto que ello constituye un reconocimiento tácito del valor de él como mínimo-común-múltiplo, también es cierto que es utilizarlo en la más baja y torcida de sus posibilidades, y cerrarle futuros caminos por saturación y repugnancia.

Permanente preocupación e interrogante para folkloristas y profanos es la perdida carrera de la "música chilena" frente a la mejicana en las preferencias más populares. Como de costumbre la explicación es demasiado sencilla para ser considerada: Un abundante sector de nuestro público menos culto ha elegido una rama musical paralela a la suya, y descendiente del mismo tronco, en detrimento de la propia. Lejos de ser un caso de pérdida de chilenidad, es una confirmación de lo contrario. La música popular actual, equivocadamente denominada "folklórica", tanto en su versión pseudoahuasada, como en la regocijantemente llamada "neofolklore", está fundamentalmente reñida con la auténtica campesina, salvo en contadas y valiosas excepciones. Sólo se libra, en buena medida, la labor de recopilación y difusión de algunos grupos serios, desafortunadamente algo tristes, majaderos y proliferados escolarmente hasta la saturación. Los grupos "ahuasados" —con esa su implacable

“chinita” del pañuelo y los codos dirigidos hacia la retaguardia— resultan acartonados y artificiales; los “neofolkloristas” culteranos de lenguaje, extranje-rizantes y común vehículo de consignas políticas o de queja social poco viril y constructiva, reñida con los gustos de aquellos mismos a quienes pretende representar y radicalmente opuesta al sentido de nuestra poética popular. Huérfanos de lo propio, los componentes de ese grupo social eligen lo que les resulta más parecido: una rama latinoamericana espiritualmente próxima, la mejicana. Incluso en sus balazos y su sangre, más comprensibles a su alma que las alambicadas quejas de nuestra “música social”. Más próximo al huaso está el charro que el jovencito que, so pretexto de interpretar nuestro folklore nortino, imita desenfadadamente a los grupos comerciales bolivianos y norteargentinos ya consagrados.

No podemos aspirar a la trascendentalidad de nuestras obras mientras ellas sean pálidas imitaciones de lo ajeno, ni a la felicidad mientras fijemos nuestros horizontes en terrenos inalcanzables para nuestras capacidades. Afortunadamente un sector de nuestros científicos ha dejado de considerar nuestros logros folklóricos como pintorescos o anecdóticos. Muchos médicos y veterinarios están reconociendo los aciertos empíricos de la medicina popular y sometiéndolos a investigación. Nuestros educadores, que saben que la gimnasia rítmica aumenta en un apreciable grado la capacidad intelectual, están reconociendo que las danzas folklóricas habían proporcionado ese logro hace largos siglos. Inclusive muchos de nuestros artistas “mayores” están dejando el gangoseo acreditador de su pasada por París para interesarse en los más silvestres aliños de los caldos criollos.

Las primeras balbuceantes manifestaciones del despertar de la personalidad del hombre se hacen presentes en la temprana infancia con el “no” —anterior al “sí”— con que se delimita el campo propio, rechazando los avances de la humanidad circundante. La niñez se vuelve imitativa y endiosa los modelos. La primera juventud quiere adelantar su madurez rechazando los lazos con el pasado y considerando que el mundo ha nacido con su generación. La segunda juventud busca el camino por su cuenta, con toda honradez. Pero recién se llega a adulto cuando se descubre el velo que cubría el pasado, y éste aparece como un rico campo donde se bucea el verdadero yo. Se redescubren los padres, y el hombre se ve como parte contemporánea de una larga cadena en la que es el eslabón que unirá pasado con futuro, transmitiendo los logros del primero para facilitación y prolongación de la existencia del segundo.

Este es el desarrollo típico del hombre. Podrá aspirar a la normalidad y la felicidad salvo que por mal consejo se envenene su espontaneidad y se ahogue el aflorar de su propio e irremplazable yo. Igual proceso experimentan las naciones y su mal consejero es la marejada de lo foráneo que las empuja, fuera de su cauce, a la transculturización.

Nada puede simbolizar mejor el alma de un pueblo que el curso y vida de un río. Como ésta, va buscando su camino según la topografía del terreno, rebasando o rodeando los obstáculos, dividiéndose para luego reunirse en mejores condiciones, ensanchándose y perdiendo profundidad, reuniéndose para ahondarse; lento en ocasiones, violento y rápido en otras, pero sin renunciar jamás a su inevitable discurrir. Sus pérdidas de caudal por ramificaciones, riegos o absorciones, son respuestas por afluencias y lluvias que no cambian su verdadera esencia, la que se va viendo enriquecida por las diferentes formaciones minerales de los terrenos que cruza hasta poseer una composición original e irremplazable que condiciona la riqueza de las cosechas comarcanas y los mostos que apellidan con su nombre.

Los obstáculos arbitrarios en su curso le hacen buscar atajos, sin detenerse, sorteándolos hasta dejarlos atrás, desdeñando, al poco andar, los falsos cursos que pudieran desnaturalizarlo, volviendo siempre a su cauce natural.

A lo largo del caudal principal, va el río formando remansos, brazuelos secundarios y remolinos que van quedando atrás, mientras el tronco principal del agua continúa su marcha pausada y homogénea.

En este tronco principal del alma-río es donde el artista, el sociólogo, el historiador y el amante de su propio pueblo debe buscar su inspiración y su sustento. Por instinto pueden dar con él, o por primigenia inocencia. Pero la mayoría debe ser conducida por sus orientadores, aprovechando, como señales indicadoras, los chispazos de contacto que obtienen los inspirados con el alma de su pueblo: artistas, poetas, músicos, pintores, escultores, arquitectos, en fin, todos aquellos que buscan la “encarnación de un sentimiento”. En ellos la inspiración suele lograr ese contacto de alma a alma que la razón obtiene a través de arduas lucubraciones. Sin embargo, es esta razón la que puede aprovechar ese chispazo y proyectarlo hacia la mayoría, educando por medio del arte. Pero un arte propio, autorreconocido.

Un gran artista puede pasar a la Historia por su inigualable técnica o su estatura subjetiva. Cuando esa técnica es superada o reemplazada por otra que sea mejor vehículo para la inspiración contemporánea, el artista pasa a ser objeto de estudio, un hito en el devenir del arte. Si la obra de una gran personalidad pierde actualidad, temporal o definitivamente, queda el ejemplo humano. Pero cuando el artista logra llegar a la médula del caudal del alma-río de su pueblo y la proyecta a través de su sentir, alcanza la universalidad y rebasa los límites de su tiempo. Su obra termina por incorporarse a ese caudal y a su perennidad, viviendo lo que él y sus futuras ramas cuando ellas tengan que nacer.

Este compromiso con lo propio no engendra monotonía ni uniforma la obra de los artistas. En la pintura española, si tomamos al Greco, a Velás-

quez, a Goya, Zurbarán, Sorolla y Zuloaga, veremos que cada uno, por separado llegó al fondo del caudal. Todos representan “lo español”, pero cada cual a su manera. Y vemos desfilar las riquísimas facetas del alma de su pueblo en lo espiritual, lo sarcástico, lo vital, lo subconciente prohibido, lo religioso, lo vital y oxigenado y lo trágico y contradictorio. Pero la obra de estos pintores no es sólo vital por haberse sustentado en el caudal, sino por haberlo enriquecido y ensanchado volviendo a él. Y eterna no sólo por haber dado a fondo con lo permanente y folklórico del alma de España, sino porque inevitablemente vuelve a reverdecer en cada pintor que bebe en el alma-río y en cada poeta que le canta, eternamente.

Y no es asunto de buscar la eternidad. Toulouse-Lautrec pinta no sólo una época de Francia, sino un momento. Pero es un momento de explosión vital. Y vemos el alma eterna de su país vivir en sus cuadros, y no sólo en el conjunto: basta el cartel del Moulin Rouge con sus dos figuras contrastadas en eterno diálogo para reconocerlo como pintor de “lo francés”, y para llegar a serlo no reparó en convención ni ley alguna, salvo el esfuerzo y la dedicación más desmesurados, y la total superación de su amargura personal cuya sombra no opacó la radiante luz de sus pinceles.

Un artista no puede desear más. Crear los símbolos tangibles de su pueblo y ser símbolo a la vez. Gozar el inenarrable instante en que su alma se sumerge en la corriente del alma-río de su pueblo. Sentir como cosecha lo sembrado por las generaciones precedentes, para ser cosechado y sembrado a su vez, ciclo tras ciclo, eternamente.